



La Almoloya, nuevo poblado de la cultura de El Argar

Por

D. EMETERIO CUADRADO

Comisario Local de Excavaciones Arqueológicas
de Cartagena

LA EXPLORACIÓN

ANTECEDENTES DEL DESCUBRIMIENTO

La cultura del Argar, tan rica en yacimientos en la provincia de Almería, empieza a descorrer el velo que cubría su conocimiento en otras provincias, y pasa la de Murcia a ser en la actualidad la que mayor número de hallazgos y de más importancia e interés ha presentado al estudio de los arqueólogos. De antiguo se conocen muchos hallazgos por toda la provincia, y en su parte meridional, próximo al foco almeriense, el poblado de Iltre era sin duda, a pesar de su reducido tamaño, uno de los más interesantes y característicos. En el pasado verano de 1944, el Seminario de Historia del Hombre Primitivo, de Madrid, y bajo la dirección del profesor Martínez Santa-Olalla, sus colaboradores Sres. Del Val y Posac, realizan una brillantísima campaña de excavaciones en el poblado de



La Bastida, supuesta necrópolis antaño, y que gracias a los trabajos realizados se ha revelado como uno de los poblados más importantes de esta cultura.

Casi al tiempo que la Prensa de Murcia y nacional anticipaba noticias sobre estos trabajos, otros artículos de Prensa anunciaban un nuevo descubrimiento: La Almoloya. La visita al yacimiento del director del Museo Arqueológico Provincial y la denuncia del mismo hecha por su propietario, D. Juan de la Cierva, con una breve noticia del que esto suscribe, a la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, daba carácter oficial al nuevo descubrimiento.

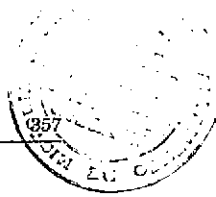
De antiguo, D. Juan de la Cierva, propietario de la finca «La Esperanza», de Pliego, en cuyos límites está enclavada La Almoloya, gran cazador y aficionado a las antigüedades, había comprendido que aquel montículo chato e inaccesible, en cuya superficie se encontraban numerosos restos de brillante cerámica hecha a mano, debía ser el asiento de un poblado argárico, en cuyo criterio le afirmó la opinión de diversas personalidades científicas a quienes había mostrado fragmentos cerámicos recogidos en sus visitas a La Almoloya.

Paralelamente, el que esto suscribe, que durante varios años ha estudiado numerosos yacimientos de la misma cultura en la región NO. de la provincia de Murcia y SO. de la de Albacete, estaba alucinado con el clásico aspecto que para emplazamiento presentaba el montículo, fácilmente visible recortándose en el azul del cielo desde la carretera de Mula a Alhama y de la de Pliego a Casas Nuevas, vías por razones profesionales muy frecuentadas por mí. Una primera visita me convenció en seguida del interés que podía tener el yacimiento y de su franca filiación argárica, y me movió a ponerme en relación con D. Juan de la Cierva y a proyectar y realizar en colaboración una somera excavación que nos permitiese determinar, antes de ponerlo en conocimiento de la Comisaría, el interés que pudiera tener.

INICIACION DE LOS TRABAJOS

Los primeros trabajos de excavación emplearon cuatro días: del 5 al 7 de junio y el 11 de agosto de 1944, en cuyo brevísimo tiempo se obtuvo un éxito tal, que los trabajos definitivos y sistemáticos que hará la Comisaría General tienen asegurados los más halagüeños resultados.

El dar a conocer los hallazgos realizados y los materiales reunidos es lo que me propongo en las siguientes líneas, con el exclusivo objeto de que las enseñanzas obtenidas puedan servir de apoyo y punto inicial a la excavación y estudio metódico del yacimiento que se haga después.



CARACTERES GEOFISICOS DEL TERRENO

Geográficamente, La Almoloya está justamente en el límite de los términos municipales de Mula y Pliego, uno de cuyos mojones de lindero se encuentra en su cúspide. La figura 1 es el trozo de las hojas números 932 y 33 del Instituto Geográfico a escala 1/50.000, correspondien-

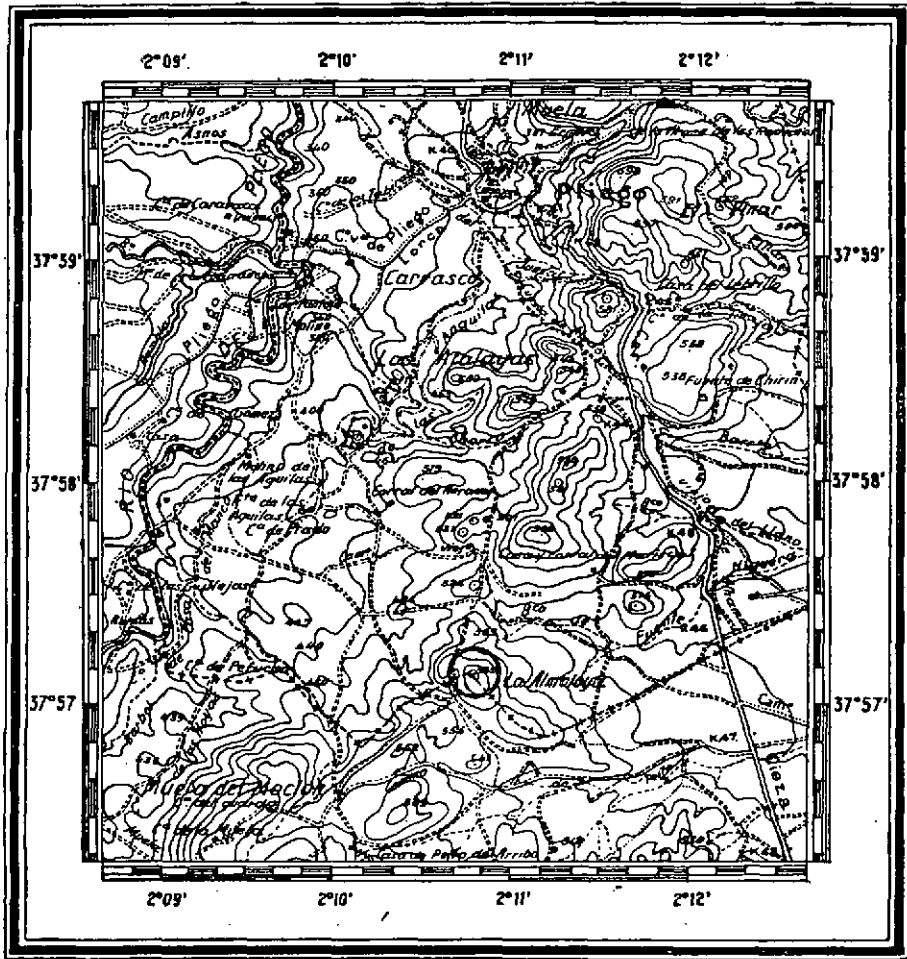


FIGURA 1.—Plano de situación de La Almoloya

te a la zona de terreno en que está enclavada La Almoloya. Los datos aproximados de situación que pueden sacarse de él son: $37^{\circ} 57' 10''$ de latitud N. y $2^{\circ} 10' 50''$ de longitud E. Se encuentra, por tanto, a cuatro kilómetros en línea recta al S. de Pliego y, por tanto, en el lado N. de



la Sierra de Espuña. Desde su cumbre se domina la extensa planicie rojiza de arcillas eocenas, que limita por el N. la citada sierra, por cuyo pie y en las cuales ha abierto su sinuoso cauce el río de Pliego, que en línea recta está a unos 3.500 metros.

Geológicamente, La Almoloya se presenta como un cerro testigo de un amplio sinclinal. Su masa es parte de un potente banco calizo desaparecido en los contornos, perteneciente a las formaciones eocenas de la zona N. de Espuña, constituídas principalmente por conglomerados y calizas nummulíticas.

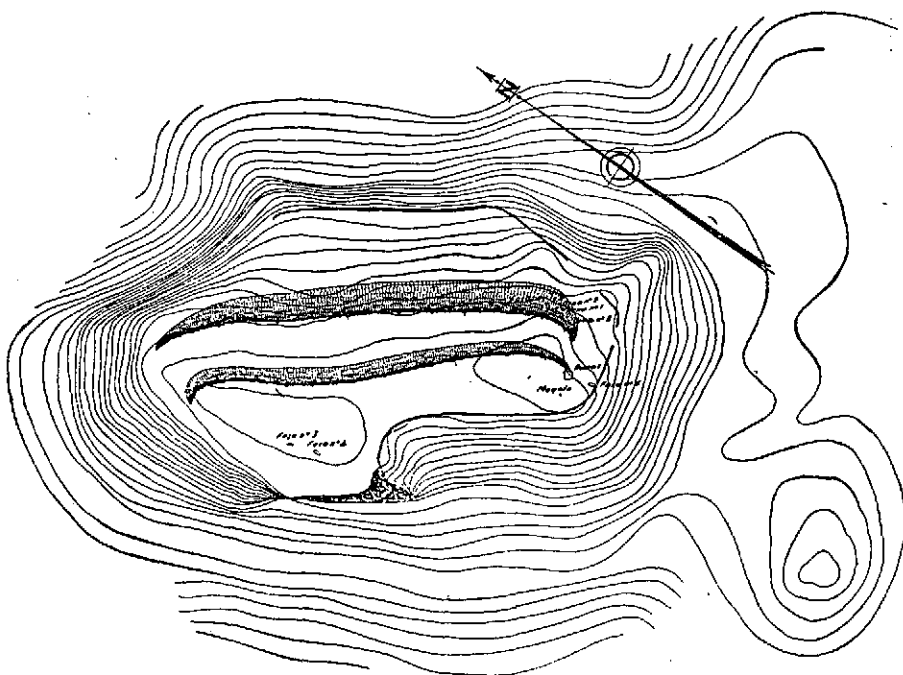


FIGURA 2.—Plano taquimétrico de La Almoloya.

Nuestro cerro, que tiene una cota de 585 metros sobre el nivel del mar, domina todo el terreno de sus contornos, que es en su mayor parte inculto y cubierto de monte bajo y algunos pinos. En su pie y por el lado E. se inicia el barranco de la Fuente Higuera, que sigue la dirección O.-E., teniendo un desnivel sobre el mismo de unos 100 metros. Los bancos calizos que lo forman presentan su buzamiento en dirección E., que por no ser demasiado pronunciado, ha permitido la formación de una explanada superior, en la que se asentó el poblado (Fots. 2 y 3).

He levantado un plano taquimétrico para situar la marcha de los trabajos, cuya reducción es la figura 2, y en él pueden verse sus dimensiones.

El que podríamos llamar eje del montículo tiene unos 80 metros, y está orientado de NO. a SE. El ancho varía entre 40 y 50 metros. En la foto 1 puede verse el aspecto del montículo desde el camino de acceso, o sea desde el NE. La foto 2 presenta el lado E. y la 4 el costado SE. En todas ellas se advierte el escarpe rocoso, que la hace de difícil acceso, principalmente por el N. y O., donde el cortado es muy vertical y, por tanto, impracticable.

El camino más cómodo para llegar a La Almoloya es por la carretera de Cieza a Mazarrón, que dista de ella dos kilómetros en línea recta, y de la que sale un camino de herradura entre los kilómetros 46 y 47 que llega a las proximidades del montículo. Los accesos actuales más fáciles a la explanada y que debieran ser también los del poblado son por el E. y SO., este último junto al cantil, por el que antaño subieron las caballerías para labrar la superficie.

Actualmente la explanada está inculta, pero no fué así antiguamente, pues fué abancalada, presentando los ribazos perpendiculares a la línea de máxima pendiente. Las piedras numerosísimas que debieron constituir la superestructura de las construcciones del poblado han sido amontonadas en estos ribazos para facilitar la labor del arado.

Un dato interesante para la vida de los moradores de La Almoloya es el del agua. Toda la ladera N. de Espuña es abundante en manantiales más o menos caudalosos. Actualmente, las fuentes más próximas a nuestro poblado son: la de la Portuguesa, a 2.100 metros; la de las Águilas, a 2.200, y la de la Higuera, a 3.700. El río Pliego, con agua continua, está, como ya demos dicho, a 3.500 metros. En estos tiempos de sequías tan pertinaces porque atravesamos, es corriente ver completamente secos manantiales caudalosos no muchos años ha, por cuyo motivo no sería de extrañar que en aquellos remotos tiempos hubiese fuentes más próximas de que pudieran servirse los hombres de La Almoloya.

Construcciones defensivas

La estratégica situación del poblado que sus habitantes supieran tan acertadamente elegir, para sentirse seguros del ataque de belicosos vecinos, exige pocas obras defensivas, pues lo inaccesible del cantil que lo rodea es la mejor defensa. No obstante, la parte más vulnerable, que es la parte O.-S.-NE., parece fué defendida con un muro, del que se advierten vestigios, aunque lo fácil que es confundir las pedrizas construídas por los labriegos con las construcciones de piedra en seco de la época no me permite dar una conclusión definitiva, en espera de excavaciones aclaratorias aún no realizadas.

Enterramientos

Aunque en riguroso orden lógico, debíamos hablar de la vida terrena de los hombres de La Almoloya antes que de la de ultratumba, la más clara exposición de los trabajos realizados requiere me sea permitido alterar el orden.

Efectivamente, el número de tumbas descubiertas en el brevísimo plazo de nuestra exploración hubiera dado más bien carácter de necrópolis al poblado si no fuera por estar plenamente demostrado que los hombres del Argar enterraban en sus mismas viviendas, corroborado actualmente por los descubrimientos de La Bastida y los de este mismo yacimiento.

En La Almoloya, los enterramientos son de dos clases: en cista y en urna, y todos de inhumación. De los hallazgos hasta ahora realizados puede tomarse como costumbre general la de enterrar a los adultos en cistas y a los niños en urnas, pues sólo la tumba 2 de cista contenía un niño, y debe ser caso excepcional. A su vez, ningún adulto se ha encontrado en urna. Es de notar que, en cambio, en La Bastida lo general es la urna para cualquier edad y son escasas las cistas.

En todos los casos, los cadáveres se presentan encogidos en la postura clásica, con los brazos doblados y pegados al cuerpo, entre las piernas también dobladas y con la rodilla junto al mentón, y sólo el niño de la urna 2 lo estaba sobre el izquierdo. La orientación de los enterramientos no odebece a norma fija alguna.

Cista número 1.—Esta cista, primera encontrada, está constituida por un recinto de forma rectangular, constituido por losas planas de distintos tamaños y otras piedras de formas diversas (fig. 3). El lado derecho no resulta recto debido al movimiento de las dos losas que lo constituyen, que además, por ser demasiado largas, se han colocado haciendo ángulo. La losa más interesante es la de los pies, saliente sobre las demás y colocada al parecer en forma de estela. Sobresalía unos 15 cms. de la superficie actual del terreno. La cista estaba cubierta con losas planas (foto 5), cuatro en total, y tapados los huecos entre ellas con otras piedras menores y cantos rodados. Las dimensiones medias eran: 0,85 m. de larga, 0,55 m. de anchura máxima en el centro, 0,30 y 0,45 m. en cabeza y pies y unos 0,25 m. entre cubierta y fondo.

En las fotos 6 y 7 se aprecia perfectamente la disposición de los restos allí inhumados, principalmente el cráneo. Estos restos estaban cubiertos completamente por la tierra pasada entre las juntas de las piedras, haciéndose muy dificultoso la operación de irlos descubriendo. Levantada la última piedra de la cabeza, apareció bajo ella una vasija de tipo troncocónico y fondo hemisférico, colocada junto al cráneo (foto 8). Poco después, iniciada la saca de huesos, y en el lugar donde debían hallarse las

manos, aparece otro vaso del mismo tipo, pero mucho más pequeño. El primero estaba colocado vertical y sujeto con unas piedrecitas, y el segundo tumbado. Las tierras que rellenaban ambos vasos no contenían nada en el pequeño y sí una sierrecita de sílex en el segundo. Entre las tierras de la cista había también una lasca de cuarcita (fig. 14, núm. 4).

Continuada la saca de huesos, me vi sorprendido con el hallazgo de

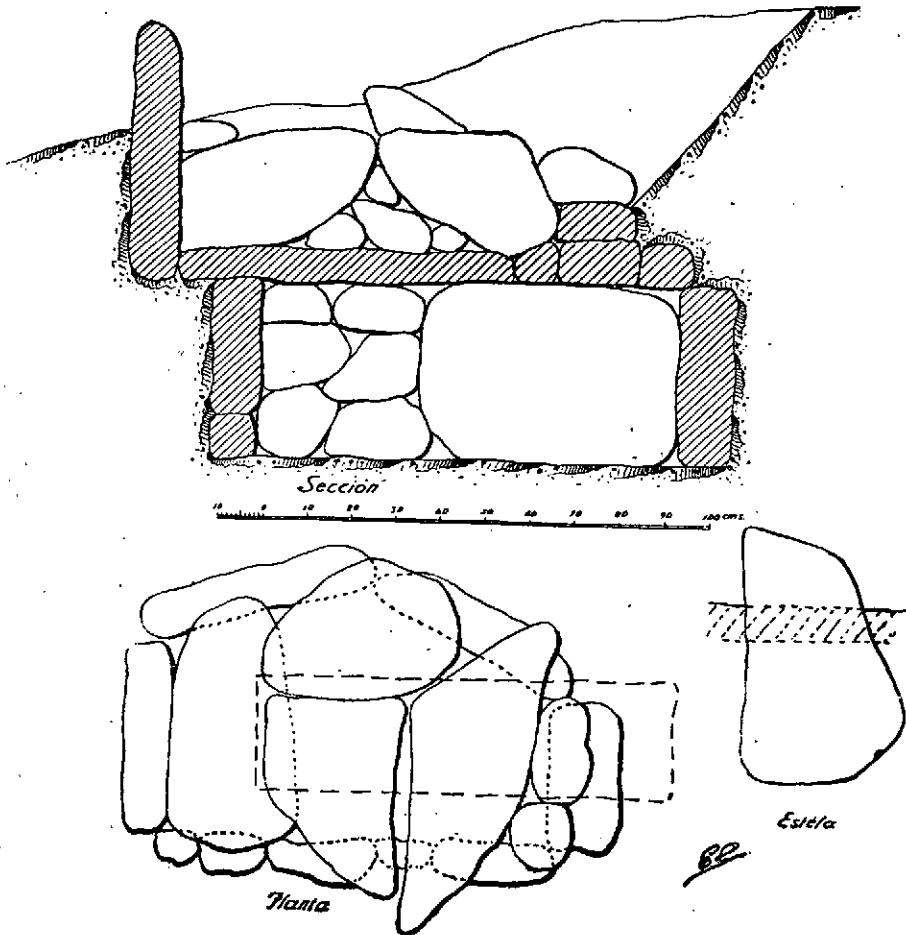


FIGURA A.—Cistas números 1 y 2.

un puñalito de bronce con fuerte pátina verdosa, y sobre él un fragmento de tejido teñido de verde por el óxido, al que se debe su conservación.

La aparición de huesos repetidos, y sobre todo de otro cráneo muy aplastado bajo el que se observa en las fotografías, me hizo observar se trataba de un enterramiento doble, habiéndose apartado hacia el lado

derecho de la cista los huesos del cadáver más antiguo para poder colocar el segundo. Este parecía estar recostado sobre el lado derecho y en la posición encogida habitual.

Cista número 2.—Esta cista apareció inmediatamente debajo de la anterior, sirviéndole de cubierta la losa que constituye el fondo de la primera, con otras lositas más pequeñas. Su situación con respecto a la primera se indica en la figura 3. En la foto 10 puede verse el hueco de la excavación.

Su forma es rectangular, y menos deformada que la anterior debido a su mayor profundidad y protección. Tiene de dimensiones 0,94 m. de larga por 0,26 de ancha y 0,40 de profundidad. Sus paramentos son de piedras planas, seguramente cogidas con barro. El fondo es el terreno natural.

En su interior se encontraron restos del esqueleto de un niño, con la cabeza hacia el mismo extremo que los de la cista número 1, pero muy descompuestos y escasos fragmentos. Mezclados con las tierras recogí varios trozos cerámicos, que en el laboratorio resultaron pertenecer a varias vasijas desaparecidas. En mi opinión, debían estar en el terreno al excavar la cista, quedando en las tierras de su interior, o pertenecieron a vasos rotos extraídos al hacer la cista. Igualmente se encontró una lascá de cuarcita.

Estas dos cistas parece debieron estar relacionadas íntimamente, y me inclino a creer que el niño de la tumba 2 debía ser hijo de la pareja ocupante de la número 1, pues parece indudable la existencia de lazos familiares entre los tres individuos, que debieron querer permanecer juntos en la nueva vida en que creyeron.

Las dos tumbas están situadas al S. del poblado, con la orientación que se nota en el dibujo (fig. 2).

Cista número 3.—Esta cista estaba situada al N. del poblado, y en la parte en que el espesor de tierras sobre la roca del montículo es menor. Situada muy superficialmente, las losas de cubierta habían desaparecido, pero por fortuna el relleno de tierras había preservado el cadáver.

Lo curioso de esta cista es que está formada de dos partes: una, primera, en que estaba alojado el esqueleto, y otra, un poco más ancha, a sus pies. La longitud total era de 1,20 m., con anchos de 0,35 y 0,40 para cada espacio y 0,30 de profundidad. La forma de la tumba es rectangular, con paramentos constituídos por losas planas (fig. 4), y separados los dos departamentos por una fila de piedras pequeñas, que dejan sendos espacios de 0,75 y 0,35 m. de longitud.

El cadáver fué colocado en el primer departamento, encogido como siempre y acostado sobre el lado derecho. Tanto la cabeza como el resto del cuerpo aparecen como encajados en la cista, con diversas piedras que

los rodean. El tronco estaba como sentado en una piedra que apoya sobre la hilada divisoria (foto 11). El departamento inferior no contenía más que tierras, algunos huesos de animales y cenizas en el fondo. Aunque al principio pensé se trataba de un recinto donde se hiciera fuego para quemar ofrendas, las excavaciones subsiguientes demostraron que las cenizas aparecieron en todo el fondo de la cista y constituían todo un nivel en esta zona del poblado procedente del incendio del mismo. Junto al cadáver no se encontró ajuar ninguno.

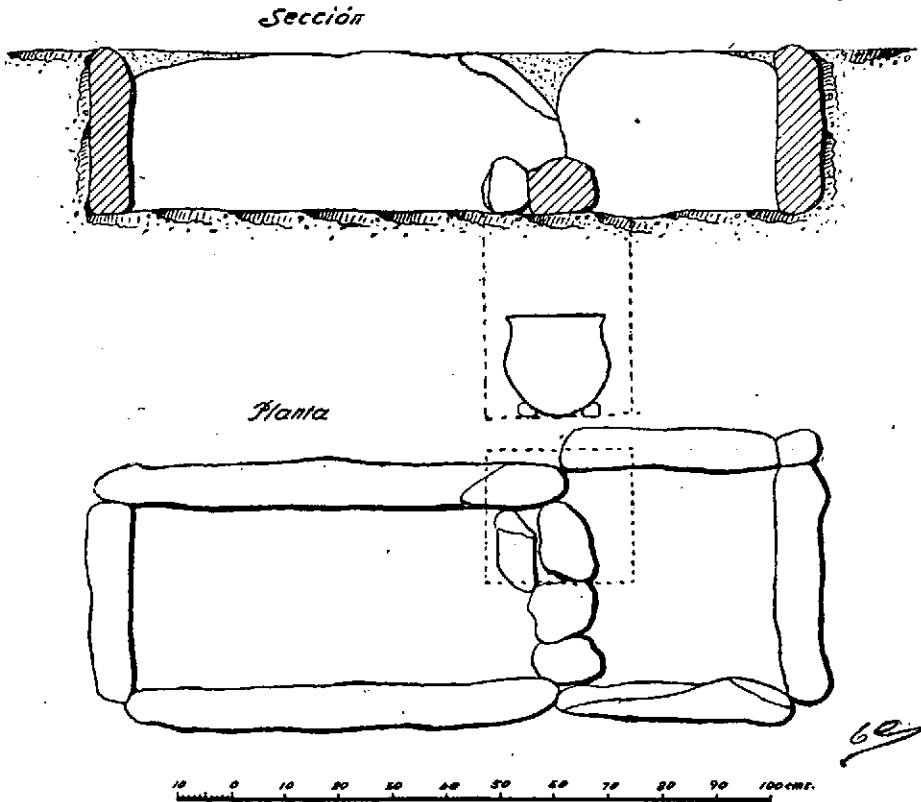


FIGURA 4.—Cista número 3.

Cista número 4:—Inmediata a la anterior se encontraba esta cista, de forma rectangular, como las demás, y de 1,20 m. de larga por 0,55 m. de ancha y unos 0,50 m. de profundidad. Se encontraba también a flor de tierra (fig. 5). El cadáver, encogido y echado sobre el lado derecho, estaba situado en la parte inferior de la cista, habiéndose rellenado con piedras la parte sobrante de la cabecera, entre las que se encontraba acomodado

el cráneo, a modo de almohada. Otras más pequeñas rodeaban el cadáver y sostenían la planta de los pies. El ajuar funerario estaba constituido, como en la cista número 1, por dos vasos del tipo troncocónico, colocado el mayor junto a la cabeza, tumbado (foto 12), y el pequeño, tal vez entre las manos o brazos, casi vertical.

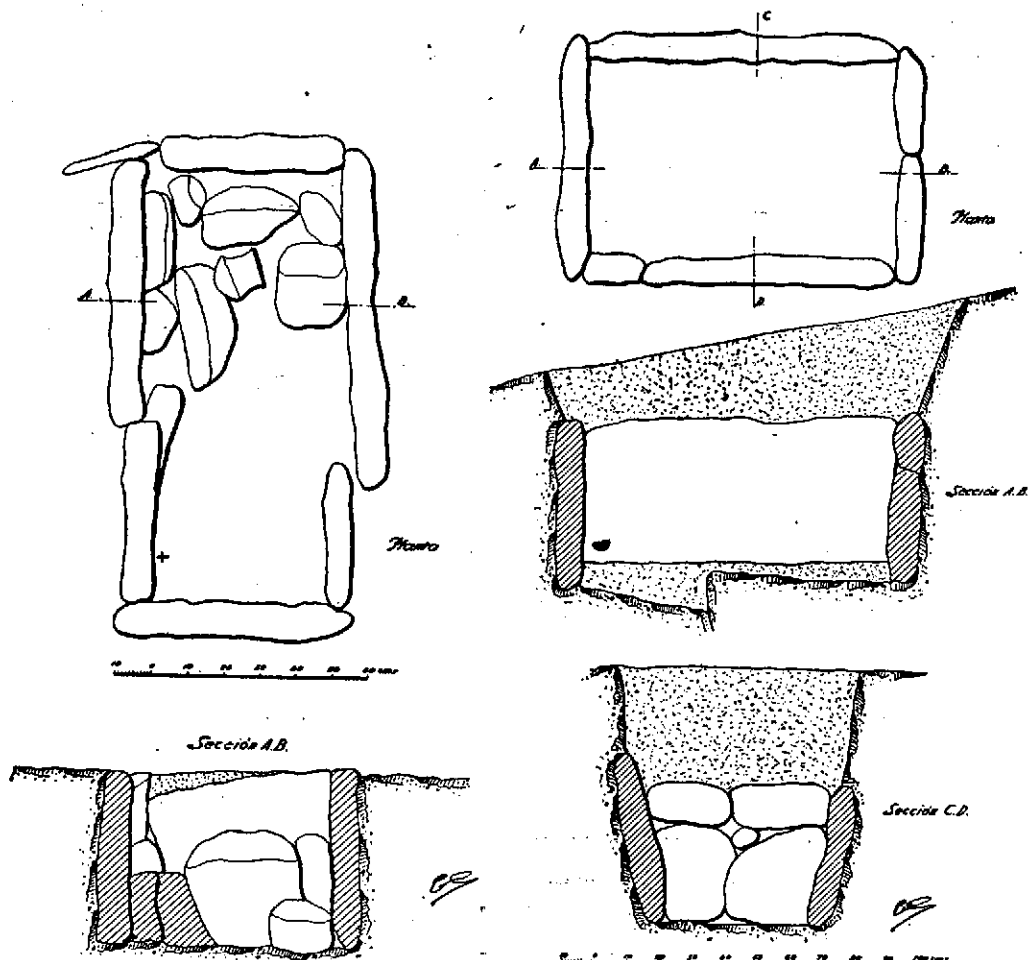


FIGURA 5.—Cista número 4.

FIGURA 6.—Cista número 5.

Junto a los pies se encontraron dos fragmentos de cerámica, cenizas, barro calcinado, etc., procedentes sin duda de la remoción del estrato inferior. La misma procedencia podían tener los dos instrumentos de cuarcita que en el mismo sitio se encontraron o formaban parte del ajuar.

Un detalle curioso es que dentro del vaso colocado junto a la cabeza se encontraron la falangina y la falangeta de un dedo de la mano, lo

que hace suponer que la postura del brazo permitiría que tuviese un dedo dentro de él.

Cista número 5.—La cista que vamos a describir fué descubierta el último día de excavación. Estaba situada en la parte S. del poblado, según puede verse en el plano, y es de forma análoga a las demás (fig. 6), constituyendo sus paramentos, losas y piedras planas. Estaba más enterrada que las demás, a una profundidad media de 0,30 m. de la superficie. Sus dimensiones: 0,95 de largo por 0,60 de anchura y 0,50 de profundidad media.

El fondo estaba constituido por la roca del suelo natural, que presentaba un escalón que debió ser igualado con tierra para colocar el cadáver. Este estaba encogido y echado sobre el costado derecho. El ajuar estaba constituido por un vaso análogo a los de las otras cistas y del tamaño mayor, colocado verticalmente, al parecer entre las manos o el hueco del cuerpo junto al pecho.

Los huesos estaban muy descompuestos y destruidos por las raíces de los arbustos inmediatos, por lo que su estudio es difícilísimo.

Urna número 1.—Esta urna, separada 0,80 m. de la número 2 y 2,40 m. de la cista número 1 (foto 13), es una vasija ovoide, de barro cocido color ocre rojizo, colocada verticalmente y tan superficial (foto 14), que ha perdido la parte de la boca. El resto, muy fragmentado, se aprecia en la fotografía.

Contenía restos muy reabsorbidos de un niño.

Urna número 2.—Esta urna es de la forma troncocónica clásica y de un barro negruzco, pulido. Estaba colocada tumbada, con orientación de 222° y tapada la boca con piedras planas. La vasija estaba chafada totalmente, y al levantar los trozos superiores, apareció el cadáver encogido y acostado sobre el lado izquierdo (foto 15). Se trata del cadáver de un niño de unos siete años.

El único material que pudiera considerarse como ajuar funerario son dos lajas de cuarcita. Los restos de otras vasijas cerámicas sacadas entre las tierras deben proceder de la remoción del estrato así como el talón de un hacha pulida (fig. 14, 1 y 3).

Urna número 3.—Situada a unos 4 m. de la cista número 1, es de barro rojizo y forma oval, con cuatro pezones en el borde. Estaba acostada y con la boca tapada con una losa. Otras piedras formaban como un cobijo de la urna. En su interior restos casi desaparecidos de un niño y sin ningún ajuar.

Viviendas

La excavación de la cista número 4 me hizo encontrar el hilo que había de conducirme a la exhumación de las viviendas. Vaciada la cista,

su fondo fué excavado en busca de las causas por las que en él se encontraban gran cantidad de cenizas y tierras quemadas. En los pies de la

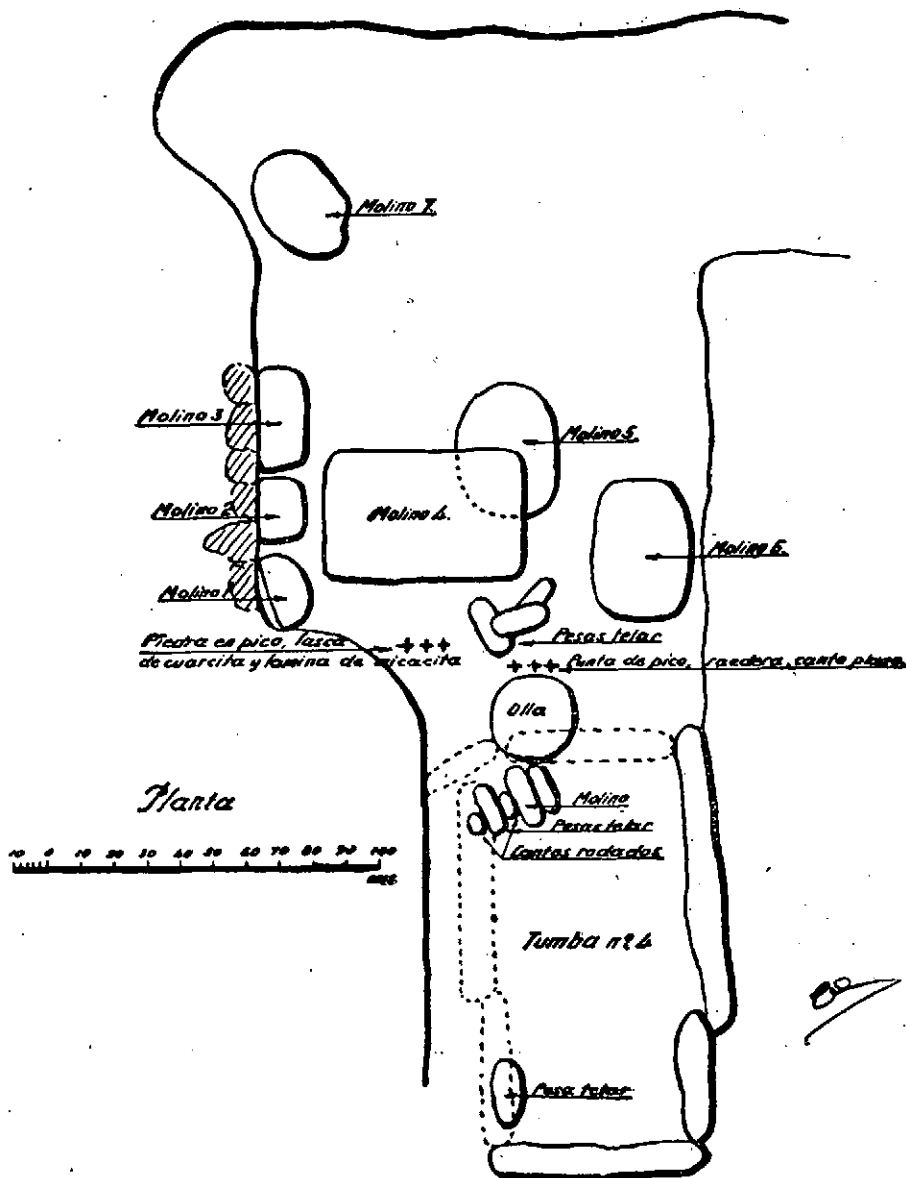


FIGURA 7.—Casa número 1.

misma, y pisada por una de las losas laterales del lado derecho, apareció un torta de barro cocido con cuatro orificios, de las consideradas como

pesas de telar. Poco después, en el ángulo derecho de la cabecera, metiéndose bajo las losas laterales y colocados de canto, aparecieron (fig. 7) un canto rodado, una pesa de telar y un pequeño molino de mano. Inmediatamente detrás de ellos, y levantada la losa de cabecera que sobre ella insistía, apareció una gran olla en posición vertical (foto 17), con unas piedrecitas para mantenerla en pie. A su alrededor, cenizas y tierras prensadas, así como pedazos de barro cocido con impresiones vegetales. Dentro de la olla se encontró una lasca de cuarcita y restos de barro con impresiones, sin duda, como los demás encontrados en toda la excavación, procedentes de la techumbre. A continuación, y en la posición indicada en la figura citada, una punta de pico, una raedera de cuarcita y un canto rodado plano.

A poca distancia, una piedra en pico, una lasca de cuarcita y una lámina de micacita. Asimismo, tres pesas más de telar próximas a la

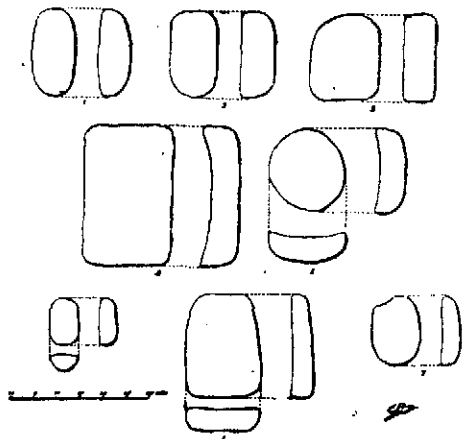


FIGURA 8.—Molinos de mano.

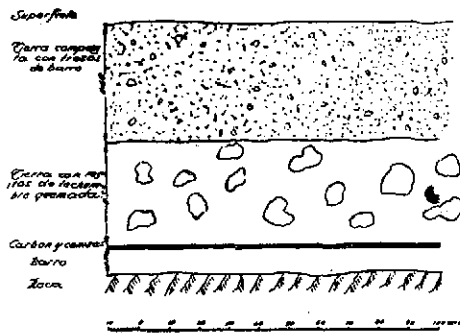


FIG. 9.—Corte estratigráfico de la casa n.º 1.

olla. Se continuó la excavación en el mismo sentido, encontrándose hasta siete molinos de diversos tamaños (figs. 7 y 8). De ellos, tres estaban en pie, colocados de punta y apoyados al parecer en un muro no muy bien delineado. Son los 1, 2 y 3. El 4, de mayores dimensiones, estaba boca abajo en el suelo, y debajo de él el 5. Muy cerca, el 6, también tumbado, y en el extremo de la excavación el 7.

Continuada la excavación hacia la cista número 3, en las primeras capas se encontró un colmillo de jabalí con un fuerte corte en bisel y dos punzones de hueso.

Suponemos perteneciente a la misma vivienda todo el ajuar y superficie excavada, y del conjunto de los objetos sobre el plano parece dedu-

cirse que la olla estaba en el hogar, junto al cual se cocían las pesas de telar. La situación de las primeras junto al fuego, de canto y separadas por guijarros, y el molinito, hace suponer que su barro estaba fresco, teniendo las piedras por objeto evitar que se pegasen.

La abundancia de molinos hace suponer que se trata de un taller de molienda, pero la excavación total nos dará las conclusiones definitivas.

Una habitación, al parecer con un horno, y próximos a él gran cantidad de molinos de mano, se encontró también en Ifre (Murcia). Las fotos 18 y 19 presentan la posición de los molinos. En la primera se les ve en el momento del hallazgo, y en la segunda colocados en la posición en que aparecieron, pero después de limpiar de tierras.

A más de los objetos citados, aparecieron entre las tierras dos cantos cilíndricos y alargados y otro apuntado, todos con huellas de uso en su extremo, y una afiladera de pizarra.

Toda la excavación suministra trozos de barro con impresiones de ramaje. El barro es casi cocido. Al igual que en otros poblados de la época, estos materiales proceden de la techumbre, que debió ser incendiada.

En la figura 9 puede verse el corte estratigráfico del terreno en esta vivienda. Los primeros 40 cms. a partir de la superficie son de tierra compacta con trozos de barro de la techumbre. Procede sin duda este barro de remoción de la capa siguiente o de una época posterior.

Continúa una capa de 0,35 m. en que los restos de techumbre son más abundantes, y con seguridad proceden del incendio de la vivienda excavada. Bajo esta capa un estrato delgado de carbón y ceniza se observa en toda la extensión, y más abajo todavía 10 cms. de barro con que debió igualarse el terreno de roca natural, sirviendo de pavimento.

Iniciada también la excavación del fondo de la cista número 3, encontramos bajo el hastial izquierdo y a 20 cms. de profundidad, otra olla análoga a la anterior, también en posición vertical. Debía encontrarse en otro hogar y perteneciente a otra vivienda. Junto a ella hallamos un asta de ciervo quemada.

La excavación de toda esta zona nos permitirá aclarar las conclusiones provisionales que de esta exploración inicial hemos establecido.

De momento, podemos apuntar que las viviendas tenían sus muros de piedra en seco o con mortero de barro. Que las techumbres eran de ramas, cubiertas con ramaje y una capa de barro. Que por la situación de las cistas sobre el suelo de las viviendas, prueba la existencia de dos períodos de habitación: el primero, al que pertenecen las viviendas excavadas, que perecieron por incendio, y el segundo, al que por lo menos pertenecen las cistas 3 y 4, que se abrieron en la primera capa estratigráfica, con penetración en la segunda.

Material arqueológico

Aunque todas las descripciones de materiales recogidos en las exploraciones arqueológicas resultan cansadas para el lector, son indispensables para el estudio fundamental de los yacimientos, por lo que en nuestro caso si bien hemos de presentar todos los objetos recogidos si este trabajo ha de ser completo, procuraremos evitar enojosas descripciones, remitiendo al lector a las fotografías y dibujos que acompañan para su mejor inteligencia.

Materiales líticos.—La primera materia empleada por el hombre de La Almoloya para la fabricación de sus instrumentos de piedra, ha sido el pedernal, cantos rodados de cuarcita, arenisca caliza y diversas rocas eruptivas.

Cantos calizos.—Los instrumentos más sencillos han sido los obtenidos aprovechando la forma natural de muchos guijarros, en su mayoría calizos,

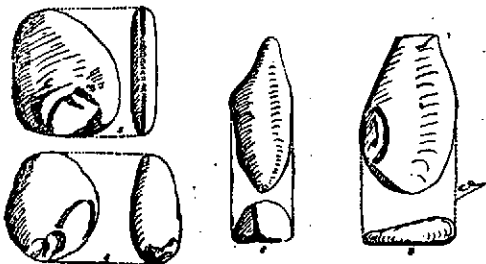
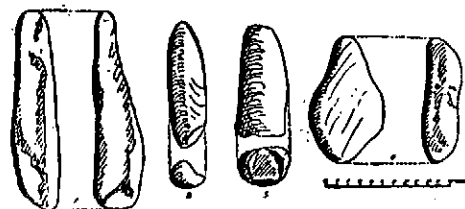


FIGURA 10.—Objetos de cantos rodados.

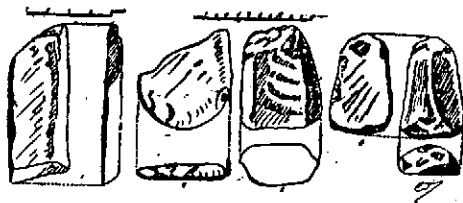


FIGURA 11.—Afiladeras.

como son los encontrados en la casa número 1 (figura 10, números 1 al 7).

Son todos ellos cantos rodados de forma cilíndrica, apuntada o ancha por un extremo y aguda por el otro. Estas puntas agudas están ennegrecidas por el uso o el fuego, y su uso debió ser variadísimo.

Cantos de cuarcita.—El otro instrumento sencillo fué el constituido por un canto rodado y esferoidal de cuarcita. Tenemos uno de forma elipsoidal, con desgaste de uso en sus extremos, usado probablemente para triturar colorantes. Otros de mayor tamaño han servido de percutores (fig. 10, núm. 8), y otros de forma plana desconocemos su aplicación.

Afiladeras.—Las afiladeras son generalmente piedras areniscas amarillentas o rojizas, habiéndose recogido otras de láminas de pizarra y micacita (fig. 11, núms. 1 y 2). Otras dos, con señales de uso, son de rocas eruptivas (fig. 11, núms. 3 y 4).

Cuchillos.—Hemos recogido superficialmente tres cuchillitos de pederal y pequeños fragmentos de otros (fig. 12). Pertenecen al tipo corriente en estos yacimientos. Un trocito pequeño debió ser utilizado como buril.

Sierras.—Superficialmente encontré siete láminas dentadas de sílex, comprendidas entre dos y cuatro centímetros de longitud y con dos a siete muescas en el filo. El lado opuesto, más grueso, debía introducirse en una ranura hecha en un soporte de madera, probablemente en forma de hoz (fig. 12). Otra lámina de sierra se encontró dentro de una de las vasijas funerarias de la cista número 1 (fig. 14, núm. 5).

Otros instrumentos.—Por toda la extensión del poblado y entre las tierras de la excavación de casas y tumbas, se encuentran abundantes lascas de cuarcita, sacadas de núcleos constituídos por cantos rodados. Análogos instrumentos, en menor número, se encuentran hechos de rocas eruptivas o caliza arenisca. Hay raederas, buriles y raspadores (fig. 13). Dos lascas fueron halladas en la urna número 2, otra en la cista número 1 (fig. 14, núms. 2, 3 y 4), y otra de caliza arenisca dentro de la olla de la casa número 1 (fig. 14, núm. 6).

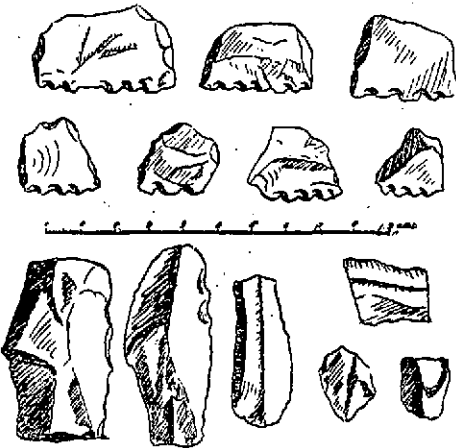


FIGURA 12.—Sierras y cuchillos de pederal.

La de la figura 15 es plana, con filo bifacial y borde curvo, faltándole el talón. A la 2 le falta, en cambio, el filo. Es de sección elíptica muy achatada, talón largo y redondeado y nuevo filo tosco en la fractura. En la urna número 2 se encontró el talón de otra hacha, de sección elíptica (fig. 14, núm. 1). Todas son de rocas duras eruptivas negro-verdosas.

Hachas.—No hemos encontrado ninguna hacha pulida hasta la fecha; sólo fragmentos más o menos grandes, con señales de utilización posterior. La de la figura 15 es plana, con filo bifacial y borde curvo, faltándole el talón. A la 2 le falta, en cambio, el filo. Es de sección elíptica muy achatada, talón largo y redondeado y nuevo filo tosco en la fractura. En la urna número 2 se encontró el talón de otra hacha, de sección elíptica (fig. 14, núm. 1). Todas son de rocas duras eruptivas negro-verdosas.

Molinos.—Los molinos de mano son abundantísimos tanto en la superficie como en las viviendas. Caso extraordinario es el de la casa número 1, donde hasta la fecha se han encontrado siete molinos. Tienen distintas formas (fig. 8): rectangulares, redondos y elípticos. Su longitud varía de 0,30 m. a 0,60 m. La cara inferior es plana o más o menos convexa, y la superior, cóncava, debiendo ser la muela móvil los que la tienen ligeramente convexa. También lo es el molinito encontrado en el grupo de pesas junto al hogar de la casa número 1 (fig. 8, núm. 8). El material en que están labrados los molinos son rocas duras, generalmente rocas eruptivas como tobas volcánicas y conglomerados de grano fino y duro.

No obstante, parte de los molinos de la casa número 1 son de piedra caliza.

Morteros.—Una variante de los molinos son los morteros, de los que hemos encontrado uno superficialmente, constituido por un trozo de piedra de la misma naturaleza que los molinos y con una oquedad circular.

Es de advertir que, salvo la caliza, las rocas eruptivas duras, de que se han hecho los instrumentos descritos, han sido traídas de muy lejos, por no encontrarse en la región. Los cantos de cuarcita pueden proceder de la descomposición de conglomerados recogidos en el río Pliego o de

los que se encuentran en Casa Blanca, en las estribaciones de la Sierra de Pedro Ponce.

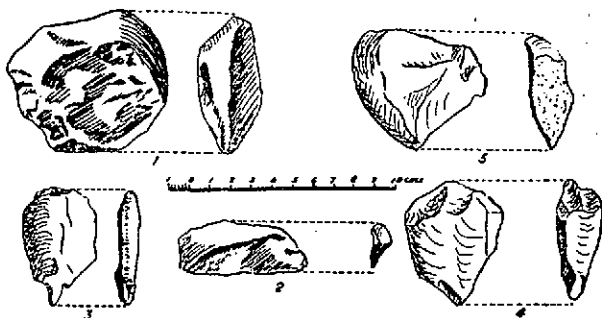


FIGURA 13.—Instrumentos de cuarcita.

Materiales cerámicos

La mayor riqueza arqueológica en La Almoloya la dan los objetos de cerámica. El barro, amasado y moldeado por las hábiles manos de las mujeres del poblado, ha producido

vasijas muy bellas, que, a pesar de lo somero de nuestra exploración, han sido halladas.

Del examen de los trozos cerámicos que con tanta profusión se encuentran, se llega a la conclusión de que, aunque se ven vasijas de barro muy tosco, lo corriente

son barros más finos, de colores negros, pardos, rojizos y claros, obtenidos por la desigual cocción en hogares al aire libre. Las pastas, muy finas cuando se trata de pequeñas vasijas con poco grosor, son más bastas con grandes recipientes de 40 ó más centímetros de altura y hasta 16 mm. de espesor de paredes. En estos casos

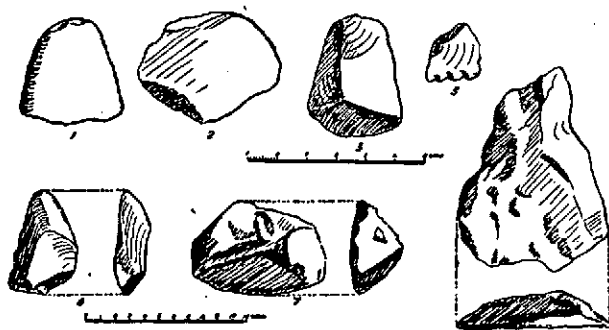


FIGURA 14.—Instrumentos líticos en ajuares.

suele ponerse en el barro granos de cuarcita, arena o micacita, de la cual se encuentran trozos de piedra, procedente seguramente del término de Lorca o Mazarrón. Igualmente hay barros con granos carbonosos.

Todas las vasijas son pulidas, algunas con hermoso brillo y otras con baño de arcilla antes de la cocción.

Según su utilización, podemos hacer para su estudio cinco grupos: ollas, vasos, cuencos, copas y urnas.

Ollas.—Dos ollas completas han sido encontradas colocadas en los hogares de las casas números 1 y 2. Tienen forma ovoide con cuello vuelto y boca ancha (fig. 16). La primera pertenece a la casa número 1,

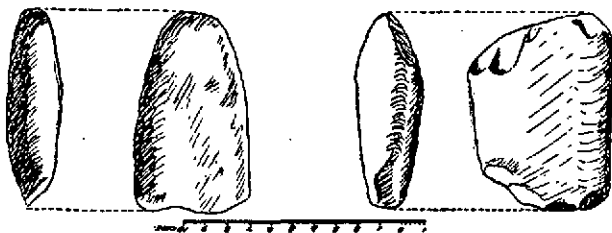


FIGURA 15.—Hachas pulidas.

de altas, 440 y 395 mm. de ancho en el vientre y 445 y 350 de diámetro medio exterior de las bocas. Corresponden al tipo 4 de la clasificación de los hermanos Siret.

Dos fragmentos encontrados superficialmente, correspondientes a las bocas de dos de ellas, nos dan a conocer la existencia de otros dos tipos: de forma esférica y sin cuello el uno y con cuello vertical y forma seguramente esférica también el otro (fig. 16, núms. 3 y 4). El tipo a que perteneciese la primera es el de dicha figura y el segundo tal vez pudiera ser el de la vasija esférica de Guadix (Granada) publicado por Pericot (1).

El otro tipo de olla es el 5 de los hermanos Siret, y que constituye la forma típica de esta cultura. Dos fragmentos que recogimos (fig. 16, números 5 y 6) corresponden a dos vasijas que tienen 40 cms. de diámetro en la boca la primera y 43 cms. de diámetro interior en el reborde central la segunda.

Vasos.—Con esta denominación comprendemos los recipientes de tamaño medio, que no caen en el grupo anterior, y de los que poseemos cinco hermosos ejemplares. Los cinco corresponden al ajuar funerario de las cistas 1, 4 y 5. Son todos del tipo 5 de los Siret (fig. 17). Dentro de los cinco se pueden distinguir dos formas diferentes: la primera, a la que corresponden los dos vasos grandes de las cistas 1 y 4, y que podríamos llamar «5 alta» de los Siret, es la representada por el magnífico vaso procedente de Lorca (Murcia) y publicado por Pericot (2); y la se-

(1) «Historia de España», del Instituto Gallach, t. I, pág. 217.

(2) Op. cit., t. I, pág. 210.



gunda, que podríamos llamar «5 ancha», se corresponden con el vaso publicado por el mismo arqueólogo, procedente de Guadix (Granada) (3), y a la que pertenecen el vaso grande de la cista 5 y el pequeño de la 4.

El vaso *a*), perteneciente a la cista número 1, es de color negro, y ro-

jizo el *c*), que pertenece a la tumba 4. El *e*), de la cista 5, y el *b*), de la 1, son también rojizos, mientras que el *d*) es pardo negruzco. Las dimensiones y forma de estos vasos se ven perfectamente en la figura 17 con todo detalle.

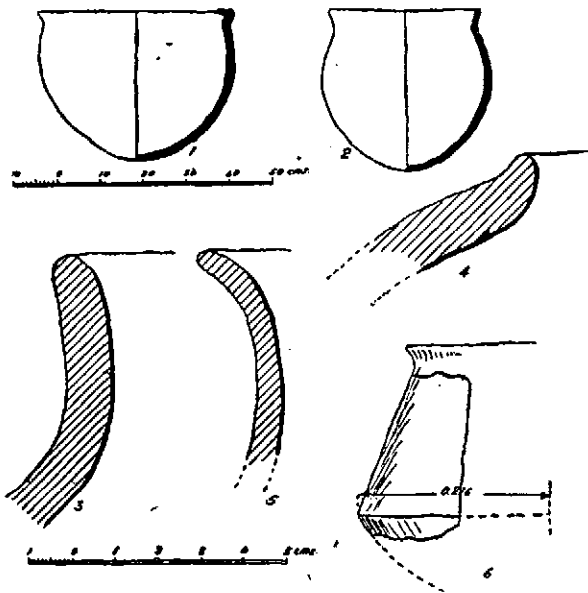


FIGURA 16.—Ollas.

Cuencos.—A este grupo pertenecen aquellas vasijas de poca altura y gran boca que podríamos dividir en cazuelas y escudillas. Las primeras, que son las de mayor tamaño, se utilizarían en cocina y las segundas como platos para comer o beber (fig. 18).

Diversos perfiles de bordes de estas vasijas pueden

verse en dicha figura pertenecientes a los tipos 1 y 3 de los hermanos Siret, así como un fondo con pie.

Como elemento común a todas las vasijas hemos de citar los pezones para sujeción que muchas de ellas llevan (fig. 19), pudiendo advertirse dos tipos: de pellizco o postizos y de abolladura, según se obtuvieran pellizcando la pasta, pegándolos en ella o empujando la pared con el dedo desde el interior. Igual se ha observado en la cerámica de otros poblados de la provincia (4).

Copas.—Esta forma tan peculiar de lo argárico está aquí hasta la fecha, mal representado, pues sólo hemos encontrado un fragmento de la base del pie y un trozo del fondo con la unión al pie. No obstante, esto nos hace esperar que sean encontrados otros ejemplares.

Urnas.—Hemos encontrado tres tipos de urnas: ovoideas, cilíndricas y de tipo Argar. Las primeras son análogas a las ollas ya descritas de

(3) Op. cit., t. I, pág. 209.

(4) E. Cuadrado: «El poblado argárico de Cañaverosa».—Saitabi, 1943.



la misma forma. Las segundas, de la que es tipo la urna número 3, es cilíndrica, de fondo semiesférico; y las de tipo Argar, o sea troncocónica con fondo hemisférico, a las que pertenece la urna número 2. En la figura 20 pueden verse dos de las urnas encontradas.

La número 2 es, como decimos, de cuerpo troncocónico alabeado y fondo hemisférico, con el borde un poco vuelto. Es de color negro y brillante, tanto por fuera como por dentro. Es realmente una pieza finamente elaborada:



FIGURA 17.—Vasos (escala: 1/10).

La número 3 es, en cambio, de barro rojizo muy toscamente trabajado. Su boca es de forma ovalada, teniendo sus dos ejes 335 y 290 mm. de longitud exterior. Su altura es de 370 mm. cerca del borde y en los extremos de los ejes tiene cuatro pezones del tipo de pellizco o postizos.

Pesas.—Otros objetos de barro, pero que no tienen nada que ver con la vajilla que pudiéramos llamar de cocina y de mesa del hombre de La Almoloya, son unas piezas de forma rectangular redondeada, casi ovalada, de bastante grosor y con cuatro taladros en las cuatro esquinas

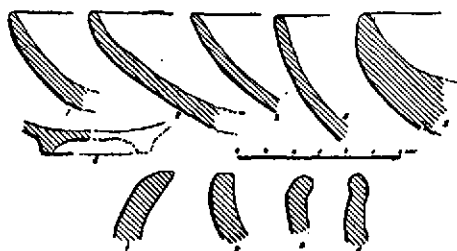


FIGURA 18.—Cuencos.

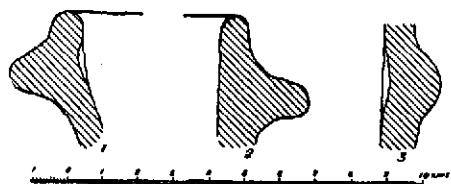


FIGURA 19.—Perfiles con pezones.

(fig. 21). Estos objetos son considerados generalmente como pesas de telar. Los hermanos Siret han encontrado abundantes ejemplares en los yacimientos excavados por ellos entre Cartagena y Almería (5). Citaremos algunos ejemplos. En «Tres Cabezas» encontraron pesas de tierra cocida con dos agujeros «desgastados por el mismo lado a causa de las cuerdas que por ellos se pasaban». También los había con cuatro agujeros, «de los cuales sólo dos han prestado el mismo servicio que en el caso precedente». En «Fuente Vermeja» encontraron con cuatro agujeros; en «Ifre» pesas muy incompletas cocidas de 4, 3, 2 y 1 agujeros,

(5) Siret: «Las primeras edades del metal en el SE. de España».

con o sin uso alguno, todas redondas. Igual aparecieron en «Zapata», «El Argar» y «El Oficio». En este último yacimiento las había de forma rectangular con señales de uso en solo los agujeros del lado mayor. En «Fuente Alamo» describen una de ellas diciendo: «Pesa de tierra amarilla basta, simplemente desecada, poco sólida».

Don Federico Motos (6), que encontró objetos idénticos en el poblado eneolítico del cerro de las Canteras, cerca de Vélez Blanco (Almería), las considera como partes componentes de hornos de fusión.

Vergilio Correia (7), que encontró piezas análogas en el «Castillo» de Pavía (Portugal),

mantiene la antigua creencia de pesas de telar fundándose en que muchas aparecen ornamentadas o con señales, siendo de muy diversos tamaños, y sobre todo por haber encontrado una en el anta número 3 de la Heredad de los Antões, situada en el centro de la cámara, sobre el suelo virgen. Esta pieza es de forma análoga a las nuestras, pero de menor tamaño.

En la Memoria de 1928 de las excavaciones en la «Mola Alta», de Serrolles (Alcoy) (8), su autor, D. Ernesto Botella, da cuenta de que en la campaña de 1926 se encontraron masas de barro con un principio de cocción que presentaban, dos, tres y cuatro orificios. Aunque éstas eran redondeadas, su utilización no cabe duda que era la misma que la de las citadas anteriormente, con la analogía de un principio de cocción, obtenido tal vez de igual forma que las de La Almoloya.

En la casa número 1 de La Almoloya hemos descubierto seis de estos objetos en la situación que más arriba señalamos, y sobre todo dos de ellas, colocadas de canto junto al hogar y separadas y sujetas por dos cantos de piedra y molinito, nos dan la seguridad de que se estaban cociendo. El barro, en efecto, es de cocción muy imperfecta, siendo tan

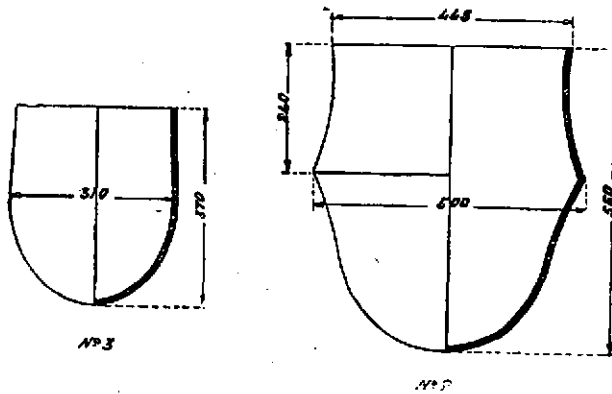


FIGURA 20.—Urnas.

(6) Federico Motos: «La Edad Neolítica en Vélez Blanco».

(7) Vergilio Correia: «El neolítico de Pavía».

(8) Ernesto Botella Candela: «Excavaciones en la «Mola Alta» de Serrolles (Alcoy).—Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades.

deleznable, que al perder la humedad de la tierra por desecación a la intemperie, se fragmentaron en muchos pedazos al intentar cogerlas para embalarlas.

En El Argar los hermanos Siret encontraron urías 500 pesas alrededor de un tronco de árbol carbonizado, lo que indica el sistema de cocción seguido.

En la citada Memoria dice el Sr. Botella textualmente: «Aunque no podemos precisar el uso a que estuvieran destinadas dichas masas, su

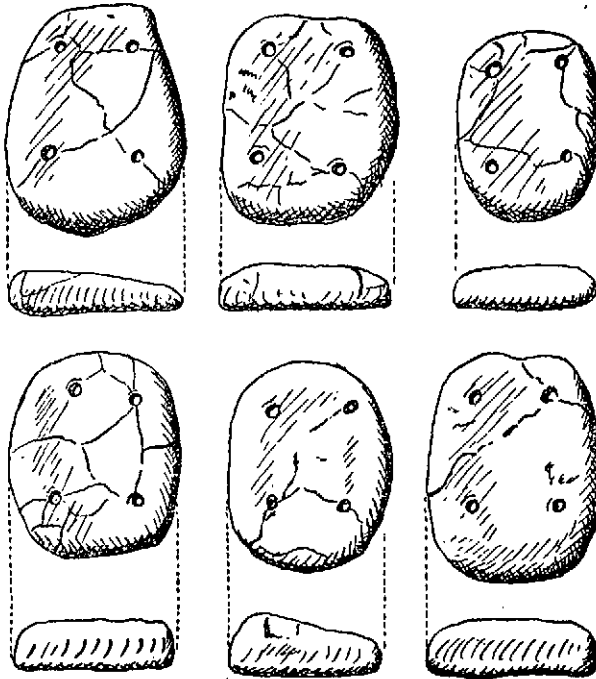


FIGURA 21.—Pesas de telar (escala: 1/5).

forma, número variable de agujeros y, sobre todo, el desgaste observado en éstos hacia el centro de la pieza (nunca hacia la periferia), nos inclinan a suponer que fueran empleadas para torcer las fibras ya conocidas en tan remotas edades, desechando la hipótesis que las considera como pesos de telar».

Nosotros estimamos que hasta el presente no se ha dicho la última palabra sobre el asunto, y debemos seguir considerándolas como pesas de telar o para retorcer fibras.

Tal vez lo más acertado sea la opinión del señor Botella. Esperemos que nuevos descubrimientos nos hagan deducir una nueva hipótesis con visos de realidad.

Restos de barro.—Antes de dejar de hablar de los objetos cuya primera materia es el barro, haremos referencia a los restos de este material que hemos encontrado. Unos son sencillas pellas sin cocer, probablemente restos de la masa de fabricación de objetos, y otros los procedentes de la techumbre de las casas.

Como ya en otro sitio hemos indicado, entre las tierras sacadas al excavar las casas hemos encontrado gran profusión de fragmentos de barro que debieron formar parte del enlucido exterior o interior de la techum-

bre. Es barro muy duro, a lo que debió contribuir el incendio de la casa. En él se observan impresiones del ramaje y hojas que debieron formar la armazón de la cubierta, y que debidamente estudiadas vendrían a darnos el conocimiento de la especie de árboles a que pertenecieran, aunque a primera vista parece que el ramaje de pino debió ser la primera materia.

Materiales óseos

Hasta la fecha sólo hemos encontrado de este material dos punzones obtenidos aguzando esquirlas de huesos de animales. Uno de ellos puede verse en la figura 22; tiene 7 cms. de longitud y su punta está muy aguzada. Su aspecto es análogo a los encontrados en Ifre, Zapata y El Algar, por no citar más que yacimientos murcianos, y es clásico de esta cultura (9). Su uso parece ser el de perforar las pieles para ser cosidas. Ambos punzones fueron encontrados en la primera capa del estrato de la casa número 1.

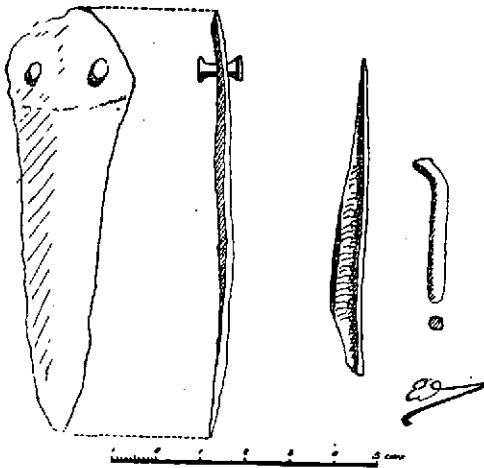


FIGURA 22.—Puñalito de cobre y barra metálica.

En este grupo se puede incluir el trozo de asta de ciervo encontrado junto a la olla de la casa número 2, en estado de semicalcinación. No ha sido posible determinar la razón por qué este objeto se encontraba junto al fuego del hogar en que la olla se estaba utilizando, por efecto del cual estaba bastante quemado.

Materiales metálicos

Cobre.—De metal sólo hemos encontrado dos piezas: un trozo de barrita de sección casi cuadrada y un puñalito.

La barrita, encontrada superficialmente, es, como decimos, de sección sensiblemente cuadrada, de un par de milímetros de lado y una longitud total de 34 mm. Uno de sus extremos está doblado (fig. 22).

En cuanto al puñalito, fué encontrado en la cista número 1, en condiciones descritas anteriormente. Es una pieza de las denominadas por

(9) Siret: «Primeras edades del metal».

los Siret cuchillos-puñales, abundantes en todas las estaciones por ellos excavadas. En la de El Argar se encuentran piezas del mismo tipo y dimensiones.

Tiene unos 100 mm. de largo, estando apuntado por un extremo y aplanado por el otro, en el que conserva dos pasadores que debieron sujetarle al mango de madera. Es más grueso en el centro que en los bordes, que son cortantes, sin que pueda decirse que presenta nervio longitudinal. La hoja se encuentra algo curvada cerca de la punta (fig. 22).

El análisis especial realizado por la Srta. Piedad de la Cierva y D. J. M. López Azcona, del Instituto «Alonso de Santa Cruz» (sección de Óptica), perteneciente al Consejo Superior de Investigaciones Científicas (y cuyo texto se incluye al final), arroja casi la pureza total de cobre, y en él se indica la dificultad actual para obtener cobre tan puro de no ser por procedimientos electrolíticos. La proporción obtenida por los Siret entre los objetos de cobre y bronce por ellos encontrados, que suman más de 2.000, es de 2/3 para los objetos de cobre y 1/3 para los de bronce, siendo abundantísimos los puñales de cobre solo. Se ve, por tanto, que esta falta de estaño para las aleaciones habrá de encontrarse también en La Almoloya, aunque una sola pieza es sólo un indicio aventurado. Tal vez la barrita mencionada, y no analizada, sea de bronce.

Materiales textiles

Las tumbas de El Argar y otros yacimientos suministraron muchos fragmentos de tejidos en contacto con las armas y utensilios de cobre, preservados de la putrefacción por las sales de este metal. Igualmente, y como ya indicamos al hablar de la cista número 1, hemos encontrado unos pequeños fragmentos de tejido de lino sobre la superficie del puñal de que acabamos de hablar, teñido de verde por las sales de cobre del mismo. Los Siret, en la clasificación que hacen de los tejidos encontrados (10) presentan uno que llaman «menos fino», y que es el tipo intermedio entre el más fino y el más tosco, el número 19, en todo análogo al por nosotros encontrado. El estudio de su trama, fibras, etc., aún no realizado, nos permitirá completar su conocimiento.

Restos óseos

Tanto superficialmente como en la masa de las tierras, muy abundantes son los restos óseos de animales. La premura de tiempo no ha permitido hacer un estudio y clasificación de esta fauna, pero podemos

(10) Op. cit., lám. XIX.



anticipar que en ella se encuentran cérvidos, suideos, bóvidos, roedores, felinos y otros carnívoros y aves.

En cuanto a los restos humanos, conservamos cinco esqueletos de adultos, uno de niño y restos varios de niño también. Todos estos restos están siendo estudiados por el ilustre antropólogo Dr. Villa.

CONCLUSIONES PROVISIONALES Y CRONOLOGIA

La cultura de El Argar, tan completamente estudiada por los hermanos Siret, que salvo en la cronología, cuyas hipótesis evolucionan continuamente, puede decirse que nada nuevo ha venido a modificar sus teorías, se ve reproducida en La Almoloya con pelos y señales. Aunque la pequeña exploración realizada no puede permitirnos más que aventurar unas conclusiones provisionales, que sólo las excavaciones sucesivas afianzarán o modificarán, es tan típico todo lo encontrado, que sin género de dudas queda clasificada esta cultura.

Los meritorios trabajos de los tan mencionados Siret permitieron trazar con tal claridad la vida y costumbres de los hombres de El Argar, que no haríamos más que repetir sus palabras si pretendiéramos averiguar las de los habitantes de La Almoloya. Haremos de todos modos un bosquejo brevísimo de su vida y costumbres.

El aspecto geofísico de los alrededores de La Almoloya sería análogo al actual, aunque más poblado de pinos y carrascas y sobre todo monte bajo, en que serían abundantes los ciervos, jabalíes, liebres, conejos y demás animales de caza. Fuentes más próximas que las actuales, y estas mismas más abundantes, suministrarían a hombres y animales tan indispensable elemento.

El hombre de La Almoloya, trashumante con sus rebaños de ovejas y cabras en busca de pastos y tierras buenas para la siembra de cereales, encontraría un día el cerro chato, elevado e inaccesible, que precisaba para colocarse a salvo de emboscadas de vecinos o invasores belicosos.

Encaramado en lo alto de la muela, construiría sus míseras viviendas de piedra y barro, con techos formados con troncos de pinos que cortaría en las inmediaciones, y cubriría el entramado con el ramaje de los mismos. Después echaría una capa de 10 ó 15 cms. de barro sobre todo ello para hacer la techumbre impermeable, y emparejaría también con barro el suelo irregular de roca.

Los puntos de fácil acceso los defendería con una muralla de piedra, desde la que les sería fácil arrojar sobre los posibles atacantes lluvias de flechas, pedruscos y demás rudimentarios proyectiles. La vida del po-



blado se desarrollaría pacíficamente apacentando sus rebaños en los montes vecinos y cultivando sus sembrados de cereales. Otros se dedicarían a la caza de las abundantes piezas ocultas entre el monte bajo de chaparros, romeros, retamas, etc., mientras las mujeres, en el hogar, se dedicarían a las faenas domésticas: a moler el trigo en los primitivos molinos, a condimentar los alimentos en las grandes ollas al fuego, a coser las pieles con que abrigarse, a hilar y tejer las telas de lino y tal vez de lana, a fabricar la cerámica y tal vez a cultivar la tierra.

Cuando moría un hijo pequeño se le colocaba en una gran urna de barro y se la enterraba protegiéndola con piedras. Si el muerto era un adulto, se abría una zanja en el suelo de 1 m. por 0,50 m. aproximadamente; se revestían sus paramentos con losas planas y en su interior se colocaba al difunto encogido y reclinado sobre un costado. Tal vez fuera necesario ligar el cadáver para mantenerlo en esta posición, encajándolo con piedras que se colocaban alrededor. Una vasija junto a la cabeza y otra entre las manos o brazos portaban viandas y presentes. Junto al cadáver se colocaban sus armas y utensilios y se cubría la tumba con otras losas de piedra.

Estos delicados cuidados para el difunto, proveyéndole del ajuar necesario para realizar una nueva existencia y acompañándole de objetos queridos, demuestran una poderosa creencia en la vida de ultratumba.

En el caso de la cista número 2, un niño fué allí enterrado, y su madre quiso estar unida a él en la muerte, colocando su tumba superpuesta a la anterior. Al sobrevenir la muerte del padre, éste fué también colocado junto a ella en la misma tumba, para lo cual fué preciso separar los primitivos huesos.

El caso de las tumbas dobles es corriente en El Argar, pero resulta extraordinario el de las dos tumbas superpuestas. Es evidente que hubo dos períodos de ocupación de La Almoloya. Al primero pertenecen las casas encontradas, debiendo terminar por un acontecimiento de extraordinaria violencia que determinó el incendio y destrucción del poblado. El hecho de que los objetos de uso domésticos e industriales se encuentren de forma que dan la sensación de una paralización súbita de la vida de Almoloya, que queda soterrada bajo cenizas y restos de las techumbres, hace suponer más bien un siniestro casual que un ataque por sorpresa de desconocidos enemigos que incendiaran y destruyeran las viviendas. Se confirma esta hipótesis con la probabilidad de que el incendio sucediese de día, a juzgar por las ollas en el fuego y las pesas de telar coeciéndose junto a él, lo que parece indicar operaciones realizadas en el transcurso de la jornada, durante la cual no sería posible una sorpresa brusca del enemigo.

En cuanto a las tumbas, no podemos aún indicar si las números 1, 2

y 5 y las urnas a cuál de estos dos períodos corresponden, mientras que las números 3 y 4 son con seguridad del segundo período de ocupación, por estar abiertas en las tierras que cubren la capa del incendio.

¿Acaso los segundos moradores de La Almoloya fueron los mismos que se vieron obligados a abandonar sus moradas por el siniestro o fué otra tribu posterior que viendo libre el terreno decidió instalarse en él?

Aunque no tenemos aún datos suficientes para contestar a esta pregunta, hemos de notar que el espesor de tierras sobre los restos del incendio (fig. 9) es de 40 cms., lo que parece probar que hubo un espacio suficientemente largo entre las dos ocupaciones para que se depositase este espesor de tierras en el que se excavaron las dos tumbas citadas. Si tenemos presente que dichos enterramientos se realizaban frecuentemente en el suelo de las mismas chozas, tendríamos que aceptar como nivel de la segunda ocupación el actual del terreno por encontrarse las cubiertas de las tumbas casi superficiales.

Estos problemas quedarán sin duda resueltos en el transcurso de las nuevas excavaciones.

Siguiendo las más modernas corrientes cronológicas, debe incluirse nuestro poblado en el Bronce I, b, de Martín Almagro (11), que abarca del 1400 al 1000 a. J. C., o bien en el Bronce II, Mediterráneo, de Martínez Santa-Olalla (12), que comprende del 1500 al 1200 a. J. C., o hasta el 1000 en círculos locales en que perdura esta cultura. Si hallazgos posteriores comprobaran la abundancia de utensilios de cobre en contra de reducido número de bronce, la escasez del estaño podría acercar nuestro poblado a los comienzos de estos períodos.

(11) Martín Almagro: «Introducción a la Arqueología».

(12) Martínez Santa-Olalla: «Esquema paletnológico de la Península Hispánica. Corona de estudios», t. I, 1941.

ANÁLISIS CITADO DEL PUÑAL DE COBRE

«Consejo Superior de Investigaciones Científicas.—Alonso de Santa Cruz (Instituto Nacional de Física).—Serrano, 119.—Madrid (6).—Teléf. 56629.—Sección de Óptica.—Análisis espectral del puñal argárico de La Almoloya, por Piedad de la Cierva y J. M. López Azcona: El puñal está constituido casi en su totalidad por cobre puro. Contiene un 1 % de hierro e indicios de plata; se ha encontrado también silicio, calcio y manganeso, procedentes, sin duda, de la capa de tierra que está adherida al metal.—Hay que hacer resaltar que se trata de un cobre de extraordinaria pureza (más del 98 % de cobre), que no puede superarse en la actualidad si no es por procedimientos electrolíticos.—Madrid, 27 de enero de 1945».—Hay un sello que dice: «Consejo Superior de Investigaciones Científicas.—Instituto «Alonso de Santa Cruz».





FOTOGRAFÍA 1.—Vista general de La Almoloya desde el camino carretero.



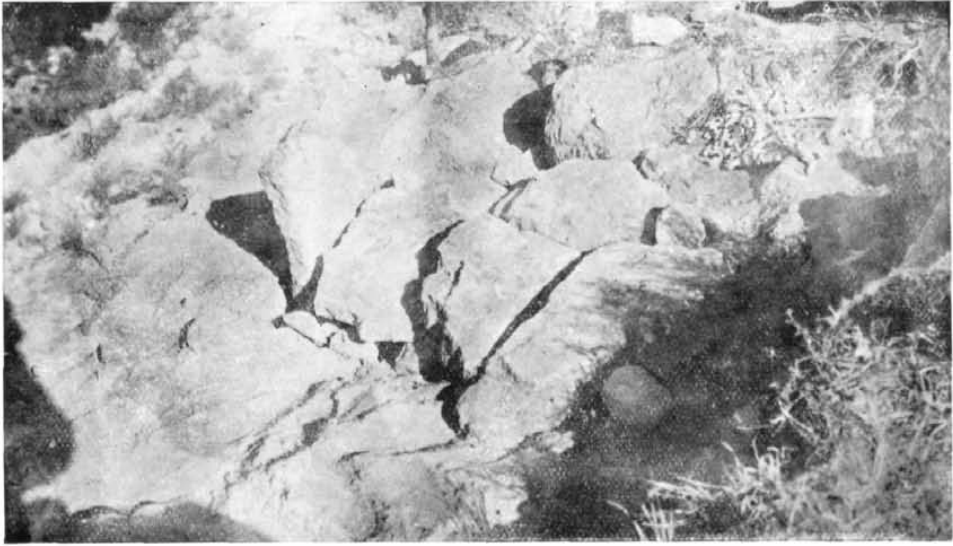
FOTOGRAFÍA 2.—Vista del lado E.



FOTOGRAFÍA 3.—Explanada superior de asiento del poblado.



FOTOGRAFÍA 4.—Lado SE. de La Almoloya.



FOTOGRAFÍA 5.—Cista número 1: Losas de cubierta y estela.



FOTOGRAFÍA 6.—La cista número 1 a medio excavar.



FOTOGRAFÍA 7.—Cista número 1: Disposición de los restos humanos.



FOTOGRAFÍA 8.—Cista número 1: Disposición del vaso mayor junto al segundo cráneo después de sacar parte de los esqueletos



FOTOGRAFÍA 9.—La cista número 1 vacía, viéndose la losa de cubierta de la cista número 2.



FOTOGRAFÍA 10.—Cista número 2 bajo la número 1.



FOTOGRAFÍA 12.—Cista número 4.



FOTOGRAFÍA 11.—Cista número 3.





FOTOGRAFÍA 13.—Conjunto de las cistas números 1 y 2 y de las urnas números 1 (+) y 2 (+).



FOTOGRAFÍA 14.—Urnas números 1 y 2.





FOTOGRAFÍA 15.—Urna número 2 con restos de un niño



FOTOGRAFÍA 16.—Urna número 3.



FOTOGRAFÍA 18.—Casa número 1: Molinos de pie junto al muro de Poniente



FOTOGRAFÍA 17.—Casa núm. 1: Situación de la olla en el hogar, vista desde la cista núm. 4, a la que se ha quitado la losa de cabeza.



FOTOGRAFÍA 19.—Casa número 1: Disposición de los molinos después de quitadas las fieras.